

2º PREMIO CERTAMEN RELATO BREVE AVAFI 2021

SOL NACIENTE. LUCÍA ESPINOSA OTÁLORA

Miro por enésima vez el reloj, faltan pocos minutos para que sean las seis de la tarde. A veces el tiempo es perezoso y se detiene a cada segundo, como una anciana vacilante en su rumbo.

Tras la ventana, el cielo azul, nubes desdibujadas y el sol brillante que baña con luz mediterránea a mi ciudad natal, Valencia. Un avión ha dejado una estela plateada allá arriba, es una señal.

Respiro el aroma de azahar, adoro desde que recuerdo el olor del naranjo, cuyos colores bañan mis pupilas en un derroche de agua verde y en ese instante, siento paz; la vida con sus altibajos, tiene momentos duros y otros que son ilusionantes y motivadores. Sin duda, ahora me encuentro de cara con la alegría que me provoca un andar, un tanto alado, como si flotara.

Había quedado a las seis y media con mis amigos de Elche, Emilio y Encarni, quienes estaban de camino para recogerme e ir juntos, como tantas otras veces, al aeropuerto de Manises. Allí, nos juntaremos con el resto de amigos, familia del corazón, personas maravillosas que me dan calor y cariño, de los cuales me siento muy orgullosa.

Una oleada de gratitud recorre mi cuerpo, con ellos he disfrutado muchos kilómetros, escapadas dentro y fuera de España, con una sonrisa y muchas manos tendidas cuando las fuerzas me han flaqueado.

Hacia unos minutos, Emilio, copiloto en el coche de nuestra amiga, me había llamado al teléfono móvil para decirme que estaban ya cerca de la ciudad y entre gritos felices, habíamos reído nerviosos.

Aviso al resto del grupo a través de nuestro chat –*Hola amigos, ¿Qué tal vais? Los ilicitanos están cerca, nos vemos en la entrada del Aeropuerto-*

De inmediato, llegan las respuestas con emoticonos de caras sonrientes, aplausos y aviones, con comentarios tipo: *“nos vemos enseguida”, “cierro maletas”* y *“hasta luego, cari”*.

Por fin había llegado el día, tras la dolorosa pandemia que habíamos superado durante largo tiempo, nos íbamos de viaje.

El mundo respiraba ya tranquilo, las vacunas habían llegado a cada rincón del planeta, nuevos fármacos trataban la enfermedad y sus efectos colaterales, un invento español, detectaba el Covid en el aire, lo cual nos había ayudado a acabar con el terrible monstruo que durante largas jornadas nos había robado la esperanza.

El Covid, nos había traído muchas lágrimas de sal, mucho encierro en casa, robados muchos besos y cervezas sin beber en los bares, que siempre digo que *la cerveza es la excusa, lo importante es la charla y la compañía*.

La pandemia instauró durante un tiempo, la incertidumbre que nos había conectado con nuestra propia mortalidad y mostrado la fragilidad de nuestra especie, daba igual la nación, todos embarcados en la misma tormenta, cierto

es, que cada uno con su barco. Y una vez más, el ser humano, que se adapta al medio, renace una y mil veces de cualquier tragedia.

Cierro los ojos contenta, saboreando la sensación de cosquilleo en el estomago ante la idea de volver a despegar, surcar mares, atravesar pueblos, cruzar mares y así llegar hasta Oriente, Japón. Ese destino que un día dijimos que sería realidad para el 2020, aplazado ante el cierre de fronteras y por la muerte acechante, con el virus de aliado.

Había llegado el tiempo de revivir viejas y añoradas emociones, la de conocer a otras personas ajenas a mí, ver otros paisajes, comer alimentos diferentes a los nuestros, disfrutar de otros amaneceres, organizar entre los miembros del grupo qué metro coger o qué espectáculos compartir, *-aunque no entienda nada, propongo contemplar el Kabuki-* dije un día. El teatro japonés tradicional, famoso por su drama y espectaculares maquillajes.

Y así construiré junto con mis amigos, nueva memoria repleta de recuerdos hermosos que atesorar en la piel y en el alma. Cuando la fibromialgia me hable, yo le responderé con las risas derrochadas y las anécdotas de nuestros pasos por “el país del sol naciente”. Que la luz del sol alivia los síntomas de cualquier enfermedad, ya que acaricia la mente, dando permiso a circular a toda clase de pensamientos positivos.

Reviso otra vez la mochila azul de Avafi, donde llevo los documentos identificativos como el DNI, el pasaporte, la tarjeta del seguro privado de salud, los billetes impresos del avión, justificante médico con respecto a los analgésicos y antiinflamatorios, (que nunca se sabe si algún policía del otro lado del mapa me va a preguntar sobre los fármacos), dinero en efectivo, euros y yenes, cargador y auriculares del móvil, tapones de los oídos y antifaz para descansar en las horas del largo trayecto.

Habíamos planificado con esmero, cómo ir desde Valencia a Tokio, los aviones, la mejor ruta, el tren bala para movernos por el país, los apartamentos escogidos en la capital nipona, en Kioto y Osaka, la empresa que nos recogería en el Aeropuerto cuando llegáramos, excursiones guiadas y otras por nuestra cuenta... meses de consenso, de búsqueda de información, de largas conversaciones, de quedar muchas veces para poner en común los datos recopilados.

Toda esa preparación me regala inspiración, un viaje siempre me aporta una dosis extra de fuerza y vitaminas para sonreír y poner el foco en otras actividades, que no todo es dolor y agotamiento. Además, este proceso viene acompañado de diversas lecturas que hacen trabajar la mente y aportan nuevas fuentes de conocimiento; por ejemplo, Kioto fue la capital de Japón hasta 1868 que el gobierno se trasladó a Tokio. De todos modos, Kioto sigue siendo el centro religioso del país con más de 1000 templos budistas.

Suena el timbre de casa, veo a través del video portero, la sonrisa morena de mi amigo Emilio, *-subo a ayudarte a bajar maletas-* me dice.

Comienza la aventura. El corazón late. Estoy viva.